Ni el padre ni sus hijas mayores ponian jamas los piés en la iglesia.

Juana, por el contrario; piadosa por instinto, iba á misa todos los domingos y sostenia con el buen sacerdote frecuentes conversaciones... Este le indicaba los enfermos que debia visitar, los desgraciados que podia socorrer; se hacía, en una palabra, el guia y consejero de la ardiente é inagotable caridad del *ángel bueno*.

Los recursos bien limitados de la jóven no la consentian hacer grandes limosnas; pero las daba con tanta gracia, que los pobres se consideraban casi ricos cuando recibian de su mano su humilde socorro acompañando frases de consuelo.

—Buenos dias, señor cura—dijo la niña, acompañado de una sonrisa.

—Buenos dias, señorita Juana. No tengo necesidad de preguntar á donde vais.... Sé de antemano donde os conduce vuestro buen corazon.

—Voy á visitar á mis amigos los pobres. ¿Me acompañareis, señor cura?

—No puedo disfrutar hoy de ese placer, pero en cambio voy á comunicaros una noticia.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

XXXI

—¿Una buena noticia?—repitió Juana,—¿buena para mí, señor cura?

—Buena al menos para aquellos que tanto interés os inspiran y á quienes llamais vuestros amigos, á los pobres—contestó el sacerdote.

—¿Y cual es la noticia? soy muy curiosa, señor cura; os ruego, pues, que hableis pronto...

—Desde que murió el excelente doctor Gendrou, á quien tuvimos el dolor de perder hace dieziocho meses, y del cual os he hablado várias veces, hay precision de ir á buscar á la cabeza de partido del canton, que está, como sabeis, á tres leguas de aquí, al doctor Verdier, hombre entendido, de quien no podemos tener que decir nada en contra, sino que no se apresura á venir á dejar su casa cuando abriga alguna duda acerca de si le serán pagados sus honorarios.

—Ya lo sé—murmuró la jóven,—y lo he deplorado con frecuencia.

—Pues bien, señorita Juana; esta situacion se modifica favorablemente.

—¿Como es eso?

—El doctor Gendrou, viudo y sin hijos, ha dejado en su testamento por herederos á unos

parientes lejanos de su modesta fortuna, fruto de cuarenta años de trabajo, y la preciosa casita (que es una monería preciosa) que habia hecho construir en Rancey, á cinco kilómetros de Hojas-Verdes, y que él habitaba.

La casa, con los muebles, ha sido puesta á la venta; y á pesar de la modicidad del precio, no se vendia por falta de comprador; el precio pedido por los herederos era muy módico, en ocho mil francos, incluso el mobiliario, y le habia costado al bueno del doctor mas de quince mil, y la huerta, que habia sido plantada por él, está hoy en plenos productos.

—En resumen: ¿la casa?.....

—Ha sido vendida, y ayer me visitó el nuevo propietario.

—Adivino—interrumpió Juana—el nuevo propietario es un médico.

—Justo: un jóven de veinticinco á veintiseis años. Ha seguido la carrera en Paris, se llama Máximo Giraud y vive con su madre, á quien adora. El doctor Giraud me ha impresionado favorablemente. No creo engañarme al afirmar que es un corazon de oro. Parece instruido y muy inteligente. Posee, no fortuna, sino una modesta posicion que asegura su subsistencia y la de su madre en lo porvenir. Desea, como es natural, hacer clientela y obtener la justa remuneracion de su trabajo y de sus vigi-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

lias; pero al lado de esta legítima ambicion, el jóven doctor alimenta otra, que realizará sin gran dificultad. Se propone dedicar su tiempo y su ciencia á cuantos sufren, sin ocuparse de saber si le podrán ó no pagar; quiere ser, en una palabra, el médico los pobres en estos contornos.

Juana, aplaudiendo con sus diminutas manos, dijo con infantil alegría:

—¡Magnífico, señor cura! ¡eso es admirable!

—Admirable, señorita, y lo admiro pero no me extraña. El doctor Gendrou era así. El señor Máximo Giraud se me ha ofrecido, rogándome que me dirija á él y le llame, aunque sea de noche, siempre que un enfermo ó herido reclame su asistencia inmediata; me ha pedido ademas la lista de los viejos enfermos y de los achacosos de toda edad que me inspiren interés y que están diseminados en los campos vecinos de Hojas-Verdes y Rancey.

—¿Y le habeis dado la lista?

—Sí. Es la vuestra, al menos en el territorio de Hojas-Verdes, y no tardareis mucho en encontrar al doctor Máximo Giraud junto á la cabecera de algun enfermo.

—¿Lo creeis así?—exclamó Juana.

—Sin duda alguna. Antes ó despues tiene que suceder; tal vez mañana, quien sabe si hoy mismo.

—Ya tengo deseos de volver á mi habitacion.

—¿Por qué?

—La idea de un encuentro con un desconocido me inquiéta y me intimida mucho.

—Tranquilizaos, señorita; el doctor no tiene nada de espantoso, os lo aseguro. Os bastará con verle y hablarle para estar tan tranquila á su lado como al de un antiguo amigo. Por lo demas, entre vos y ese hombre existe un lazo de nnion muy estrecho. Ambos os dirigís al mismo objeto conducidos por ese guia divino que se llama caridad.

—Esa palabra me tranquiliza: ya no tengo miedo.

—Haceis bien, porque estoy seguro de que Máximo Giraud os será simpático.

El buen cura y Juana Leroux cruzaron algunas palabras; luego esta última se dirigió á las cabañas de sus protegidos, tranquila sí, pero preocupada ante la eventualidad de una entrevista con el doctor recien venido.

La entrevista no se verificó ni aquel dia ni al siguiente.

Máximo Giraud se ocupaba, en compañía de su madre, de los últimos detalles de su instalacion en la casita de Rancey, y le faltaba tiempo para empezar sus proyectadas correrias.

Entre el número de los enfermos á quienes

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Juana prodigaba particular interés, habia una viuda, jóven aún, madre de dos niños.

Esta viuda, á quien la muerte de su marido, leñador muy laborioso, reducia á la miseria, habia vivido al principio regularmente fabricando cestas de mimbre, que vendia por su cuenta en el mercado de Orleans.

Ella misma iba á cortar á los mimbrerales, trabajando hasta la noche y pasando con frecuencia en vela una parte de la misma cuando la necesidad lo exigía.

Este incesante trabajo, la falta de sueño y la de alimentacion, debilitaron rápidamente á la pobre mujer, cuya salud, por otra parte, no habia sido nunca muy buena.

Genoveva, este era su nombre, luchó contra el mal con heroismo hasta el dia en que, desesperada, se sintió vencida; no circulando por sus venas mas que sangre descolorida por la anemia y abrasada por la fiebre, atormentada por dolores reumáticos, incapaz de utilizar las manos, enflaquecidas y trémulas, se arrojó en su mal camastro pensando en cuan dichosa sería si al morir no tuviese que dejar en este mundo sus hijos abandonados.

Los dos niños, uno de los cuales tenia nueve años y el otro siete, alimentaron entonces á su madre, que les habia dado el sustento hasta entonces.